



GUIA DEL PENITENTE CARTAGENERO



Prólogo

JUAN Pérez-Campos López ha dejado de estar entre nosotros. Su presencia física, su entusiasmo constante y su forma entregada de vivir por y para el desfile, ya no nos acompañará en sucesivas Semanas Santas. Sin embargo, su trabajo y su sabiduría no han sido estériles, y todos los cartageneros, los que le conocimos o no, tendremos su legado recogido en estas páginas, la «**Guía del Penitente cartagenero**», un tratado resumido y detallado sobre el arte y la técnica del desfile. En este trabajo, están recogidas todas las enseñanzas que como maestro impartía en la Agrupación de San Juan Marrajo, a la que pertenecía desde el año 1935 y en la que fue Sudarista de Honor Perpetuo.

En homenaje a su persona, la Junta de Cofradías, en un acuerdo

unánime, ha decidido reeditar esta guía, publicada por la Cofradía Marraja en 1991. El manual que aquí prologamos debe convertirse en un instrumento de trabajo para todos y cada uno de los penitentes que desfilan en las cuatro Cofradías de Semana Santa. La experiencia de Juan Pérez-Campos, adquirida a lo largo de sus años como procesionista, le avaló para convertirse en cronista del buen hacer, de la perfección en la forma de los desfiles, del trabajo bien hecho y del cuidado de los detalles. La importancia de reeditar este manual estriba también en el deseo de que las generaciones futuras se apoyen en este libro para lograr, año tras año, superación y perfeccionamiento.

LA JUNTA DE COFRADIAS



Autores: JUAN PEREZ-CAMPOS LOPEZ †
SERGIO PEREZ-CAMPOS MARTINEZ

Editan la II Edición:
JUNTA DE COFRADIAS
DE SEMANA SANTA. CARTAGENA.
CONCEJALIA DE CULTURA.
AYUNTAMIENTO DE CARTAGENA.

Fotografías: CEDIDAS POR SAGA.

Portada: SUDARIO AGRUPACION DE SAN JUAN.

Imprime: GRAFICAS F. GOMEZ.
Aire, 13 - Cartagena.

Dep. Legal: MU - 301 - 1997.



Introducción

A fines de los años veinte del presente siglo, los desfiles de la Semana Santa de Cartagena conocieron una innovación que, con el tiempo, se convertiría en esencia de los mismos, dándoles personalidad propia y diferenciándolos muy notablemente de los desfiles pasionales del resto de España.

Aquella innovación no fue otra que la marcialidad del paso. Se comenzó con un «marcar el paso», al que seguía una parada libre de movimientos. Posteriormente, se privó al penitente de esa libertad de movimientos, para obtener la absoluta quietud en las paradas.

Esa marcialidad, ese orden a los que el cartagenero está tan habituado fue, en su momento, un auténtico «bombazo», cuyos autores fueron los chiquillos del San Juan Marrajo, el tercio más joven a la sazón, y en el que muy escasos penitentes alcanzaban la veintena de primavera.

A partir de entonces, las cofradías cartageneras conocieron una expansión imparable, que no ha cesado aún en la actualidad, y las procesiones se convirtieron en Cartagena en un fenómeno digno de ser estudiado por los sociólogos.

El constante crecimiento y embellecimiento de los desfiles propició una gran rivalidad entre las cofradías, de la que el cartagenero se benefició viendo como, año tras año, sus procesiones se superaban en esplendor.

Las siguientes décadas vieron el nacimiento de una nueva cofradía, la de Nuestro Padre Jesús Resucitado, y en las ya existentes, la fundación constante de nuevas agrupaciones, propiciada por un número creciente de entusiastas procesionistas.

Nuestra Semana Santa, con el transcurso del tiempo, cubrió todas sus fechas con espléndidos desfiles.

El carácter espectacular de nuestras procesiones ha dado lugar a que se ponga en tela de juicio la religiosidad de las mismas. No vamos a ignorar el hecho innegable de que existan muchos casos en el que el procesionismo es más una profesión de amor a Cartagena que un acto de fe, pero en el alma del cartagenero la mejor muestra de religiosidad se consume cuando realza, con toda la belleza de sus procesiones, la grandeza de la Pasión.

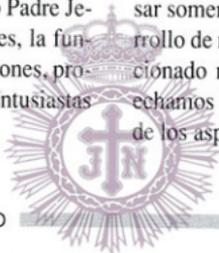
En épocas de tendencias recesivas para las ideas religiosas, nuestra Semana Santa no se ha resentido por ello. De tal forma ha arraigado la tradición en este pueblo.

Tampoco podemos olvidar que, si los procesionistas trataran solo de participar de una tradición festiva, no serían muchos los capaces de aguantar los sacrificios que exigen nuestros disciplinados desfiles.

Cartagena se ha hecho, gracias a sus procesiones, poseedora de un patrimonio artístico de valor incalculable.

Sin embargo, todo ese impresionante patrimonio es la consecuencia, o una de las consecuencias positivas, de un auge debido a la singularidad que ha aportado a nuestros desfiles la marcialidad y el orden, con lo que volvemos al principio de nuestra introducción.

Y lo hacemos así, porque después de repasar someramente la historia reciente y el desarrollo de nuestra Semana Santa, que ha perfeccionado notablemente casi todas sus facetas, echamos de menos una mayor profundización de los aspectos técnicos del desfile.



Es evidente la paradoja de que una técnica que catapultó el desarrollo de nuestra Semana Santa haya sido bastante olvidada, mientras otros aspectos evolucionaban vertiginosamente.

Esta Guía no es otra cosa que un intento de profundizar en la técnica del desfile y de hacerla llegar al penitente, de forma simple y esquematizada, para que éste asimile una serie de fundamentos básicos, objetivos y de aplicación general.

Es posible que el procesionista cartagenero, que es a menudo un entendido, estime innecesaria esta guía, por considerar que su contenido se aprende mediante la experiencia o por el paso de padres a hijos de estos conocimientos, cuando no por ambos medios, simultáneamente.

En cualquier caso, sin desmerecer dichos medios de aprendizaje, creemos que son insuficientes, a juzgar por la incompleta formación procesional de muchos penitentes, que demuestran, desfilando, una preparación deficiente.

Si consiguiéramos evolucionar también en este aspecto, si el penitente afrontara el desfile, no sólo pleno de entusiasmo, sino también de conocimientos, no nos cabe la menor duda de que mejoraría sustancialmente su actuación.

Con la GUIA DEL PENITENTE CARTAGENERO pretendemos, amén de lo ya expuesto, espolear el espíritu de superación de todos los penitentes y el abandono de posturas auto-complacientes, que a veces adoptamos colectivamente y con las cuales perjudicamos gravemente toda posibilidad de mejorar.

Si somos críticos, si tenemos la suficiente humildad como para analizar nuestra actuación buscando honradamente los defectos con la voluntad de aprender de ellos para no reincidir,

si somos capaces de afrontar el desfile conscientes de nuestra responsabilidad como cofrades y cartageneros, estaremos en el buen camino para hacer que nuestro papel contribuya de forma directa y efectiva en la superación constante de nuestras ya magníficas procesiones.

La inclusión de algunas anécdotas en determinados capítulos con los que guardan relación, tiene como objetivo «ilustrar», en clave de humor, unas exposiciones cuya condición técnica puede hacerlas un tanto insípidas, cobrando, por medio del suceso anecdótico, un cierto sabor de ingenio cartagenero.

La edición de esta obra supone igualmente una nueva aportación del espíritu innovador de los sanjuanistas marrajos, que, desde aquella primera y fundamental innovación, no han cesado de incorporar a sus desfiles multitud de novedades, de las que se ha beneficiado la generalidad de las agrupaciones, contribuyendo con éstas, así como con sus desfiles, elegantes y austeros, a engrandecer el merecido prestigio que hoy tiene la Semana Santa de Cartagena.



El vestuario

Los vestuarios de los tercios de nuestra Semana Santa, amén de ser magníficos trabajos de artesanía, representan una parte muy importante del patrimonio de nuestras agrupaciones, adquirida generalmente con el sacrificio y el trabajo de muchos, y que, consecuentemente, exige un esmerado cuidado por parte del penitente, al que la agrupación honra, haciéndole depositario y usuario del traje y dándole la oportunidad de lucirlo en el desfile para el lucimiento colectivo de su tercio.

El penitente debe conocer bien los diferentes elementos del vestuario, probárselo con suficiente antelación para subsanar las posibles deficiencias con tiempo y estar en condiciones de realzar, con un uso correcto de estos elementos, la belleza del traje.

ELEMENTOS DEL VESTUARIO

El vestuario más habitual de un penitente se compone de capuz, capa, túnica, manguitos, sandalias o zapatillas, fajín, guantes y calcetines.

El capuz es un elemento cuya amplia problemática nos da lugar a dedicarle un capítulo aparte.

La capa tiene un gran efecto visual en el desfile, y es quizá el elemento más llamativo del vestuario. La gran mayoría se confeccionan en raso o en terciopelo, tejidos ambos muy delicados que evitaremos a toda costa manchar, pues no pueden limpiarse por métodos convencionales. El planchado preceptivo ha de ser

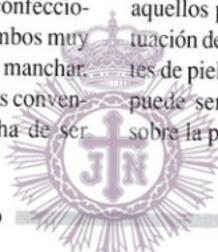
igualmente cuidadoso, y en el caso del terciopelo lo haremos por el reverso del tejido. En caso de mancha o algún otro desperfecto, nos abstendremos de aplicar soluciones que pueden dañarlo irreversiblemente. En cuanto al bordado, nos abstendremos de tocarlo, y será conveniente preservarlo de contactos dañinos, para lo cual podemos cubrirlo con papel de seda mediante un hilvanado.

En los casos de lluvia durante el desfile o con anterioridad, o posterioridad al mismo, es decir, portando el traje, daremos vuelta a la capa para preservarla del agua conjuntamente con el bordado.

La túnica conoce mayor variedad de tejidos que la capa, pues además de los usados para ésta, también es frecuente el uso del tergal, fibra sintética de poliéster, que no requiere tantas precauciones como el raso o el terciopelo, pudiendo lavarse con la única salvedad de que, si los botones son teñidos, deberán quitarse antes del lavado.

Los manguitos son generalmente de raso, protegen las mangas y deben ser planchados, pues son frecuentemente más visibles de lo que se suele pensar.

Los guantes, blancos en casi todos los desfiles, se exigen generalmente de hilo o nylon, aunque suele eximirse de esta obligatoriedad a los sudaristas que, habitualmente, los usan de pies de cabritilla para evitar el deslizamiento del varal, inevitable con guantes de hilo. Para aquellos penitentes que puedan verse en la situación de portar el sudario careciendo de guantes de piel, un remedio -eso sí, algo chapucero- puede ser colocar unas tiras de esparadrapo sobre la parte en contacto con el varal.



Los fajines, con o sin bordado, se confeccionan habitualmente en terciopelo o en raso, por lo que lo dicho para la capa es igualmente aplicable. Su amarre suele ser por medio de una cinta o bien corchetes o botones.

Por lo que respecta a sandalias, zapatillas y calcetines, no creemos necesario explicar nada, pues no son elementos inusuales en el vestir cotidiano. Simplemente aconsejaremos el uso de dos pares de calcetines, pues en caso de pérdida de guantes, comprobaremos que un calcetín enfundado en la mano y bien ajustado, es una solución válida pues apenas se nota la diferencia. Además, con ello estaremos previniendo igualmente la posibilidad de que pueda romperse un calcetín, evitando en este caso que el roto sea visible.



MOMENTO Y FORMA ADECUADA DE VESTIRSE

Al hablar del momento más adecuado para vestirse, creemos que es evidente que debemos vestirnos con la antelación suficiente, pero retardando ese momento lo máximo que nos sea posible. En primer lugar, porque debemos evitar tiempo de exposición del traje a cualquier agente dañino, sea lluvia, manchas o cualquier otro elemento que pueda producir un deterioro en el mismo. De lo cual deducimos también que, una vez finalizado el desfile, procuraremos resistir la humana y vanidosa tentación de dar un paseíto para hacernos ver vestidos de penitentes, y, en consecuencia, nos recogemos con prontitud para evitar ese riesgo de deterioro.

Por otra parte, el traje de penitente no puede considerarse cómodo, por lo que vestimos con excesiva antelación, dará lugar a que iniciemos el desfile con un notable aporte de innecesaria fatiga.

GUIA DEL PENITENTE CARTAGENERO

En cuanto a la forma, creemos conveniente portar ropas cómodas debajo del traje, como pueden ser prendas deportivas. No recomendamos la ausencia de ropa, ya que pueden darse circunstancias que motiven una entrega prematura del traje. Recordamos que los penitentes de cierta Agrupación debieron entregar sus trajes tras suspenderse el desfile por la copiosa lluvia que caía, debiendo algunos de ellos conseguir un taxi con urgencia, pues aquel re-





querimiento de la ropa los dejó en paños menores.

En cualquier caso, conviene recordar que la ropa de penitente es calurosa, y que un exceso de ropa, con el esfuerzo del desfile, terminará por agobiarnos.

Una vez vestidos, comprobaremos que los manguitos no nos aprieten demasiado, pues tras varias horas de uso pueden llegar a ser muy molestos y dificultar la circulación sanguínea. También procuraremos que las gomas tengan suficiente distancia entre sí, de modo que el manguito cumpla su función.

El fajín quedará bien ajustado, evitando que quede colgando o que se desplace lateralmente. Si utilizando su medio de fijación, sean cintas, corchetes o botones, no nos queda perfectamente inmóvil, podremos recurrir al uso de imperdibles.

También usaremos imperdibles si usamos pantalón largo debajo del traje, para mantenerlo enrollado por encima de la pantorrilla y evitar que asome por debajo de la túnica.

Finalizaremos señalando que terminaremos poniéndonos la capa, cuyo uso restringiremos al máximo.

En cuanto a los guantes y otros enseres que portemos, el mejor emplazamiento es el interior de los manguitos, cuyas gomas, caso de ajustar bien, constituyen una garantía de que nada se perderá. Por contra, meter cosas en el capuz es totalmente desaconsejable, siendo esta costumbre la más frecuente causa de pérdidas de guantes.

Ya inminente el desfile, no nos pondremos los guantes hasta tener el capuz puesto y amarrado, pues solo con las manos desnudas resulta sencilla la maniobra de amarre.

Concluido el desfile, tenemos la obligación de no demorar el momento de desvestirnos, y guardar la ropa con el mayor mimo posible, con el fin de entregarla en tan buenas condiciones como nos fue entregada a nosotros, con lo cual facilitaremos además la difícil labor de los guardalmacenes.



Capuces

EL capuz es, probablemente, el elemento del vestuario que mayor influencia tiene en el lucimiento de un tercio. Por muy buena que sea la alineación del mismo, y muy elegante que sea su paso, una hilera de capuces defectuosos, torcidos en sentido lateral o longitudinal, da al traste con toda la estética, rompiendo en gran parte la sensación de orden y evidenciando, cuando menos, la negligencia de sus penitentes y la carencia de autoridad de los responsables del tercio.

La técnica del capuz conduce a su correcta colocación en la cabeza del penitente, de forma que quede completamente recto.

De lo expuesto se colige, obviamente, que la prueba del capuz, con suficiente antelación al desfile, es un rito que todo penitente debe considerar «sagrado». Aun resultando esto obvio, los resultados en la calle demuestran que no todos los capirotos cumplen con este requisito, y que muchos, al llevarlo a cabo, desconocen la correcta colocación del capuz y los modos de corregir los defectos.

Las pruebas de los capuces han originado numerosas y divertidas anécdotas. Muchos penitentes hemos sido testigos en más de una ocasión de las bromas que, a costa del tamaño craneal, gastan los «bordsicos» de turno al penitente que, durante el reparto del vestuario, se prueba con resultados satisfactorios el capuz del 61, el cual, a tal efecto, es sometido previamente a una vigilancia intensiva por parte de los bromistas.

Puerilidades en comparación con las torturas que se infligían a los novatos en los tiempos en que la calle del Adarve era epicentro del sentir marrajo. El neófito que caía en las

garras de aquellos desaprensivos e impenitentes cofrades, se veía obligado a probarse un capuz que, intencionadamente, se le colocaba al revés, y demostrar de esa guisa su aptitud para el desfile.

El abrumado principiante apenas alcanzaba a protestar tímidamente alegando su completa falta de visibilidad, y su protesta era contestada, entre carcajadas de los veteranos, con esta solemne y lapidaria afirmación: «Un sanjuanista no necesita ver para desfilarse bien». Entonces dirigían a su víctima, hacia los cables del tendadero contra los cuales chocaba el capuz impidiendo el avance del aturullado novato, que, ya en tono suplicante, advertía a sus



torturadores de la evidente imposibilidad de caminar en esas condiciones. De nuevo, solemnemente, se le replicaba: «Un sanjuanista no se detiene ante nada», axioma tras el cual sus autores se desternillaban de una incontenible risa.

Cuando, finalmente, el infeliz cludía los cables, no faltaba quien, en un último alarde de fraternal crueldad, le colocaba una silla delante y el formidable batacazo ponía brillante colofón al oficioso examen del maltrecho neófito, que era capaz, por otra parte, de soportar estoicamente estas y otras barbaridades, demostrando, con su infinita paciencia y sentido del humor, un entusiasmo no menos ilimitado.

Ya entrando en la materia que nos ocupa, hemos de decir que debemos prever los posi-



bles defectos en el almacén, acudiendo a recoger nuestro vestuario provistos del pirulí para realizar una primera prueba y procurarnos la tela más adecuada.

Huelga señalar que la prevención es preferible a tener que recurrir a soluciones «chapuceras», que, sin embargo, resulta conveniente conocer.

La prueba del capuz se realizará preferentemente con la «boina» del pirulí en la posición que vayamos a usarla en procesión, ya que, de esta posición dependerá en parte la altura de los agujeros.

La boina es un elemento de mucha utilidad, pues si se deja recaer excesivamente el pirulí sobre la cabeza, éste puede apretarnos llegando a dificultar la circulación sanguínea, siendo causa de frecuentes lipotimias y jaquecas.

DEFECTOS Y SUS POSIBLES ENMIENDAS

Si la tela del capuz es más grande de lo debido, al probarnos éste, los agujeros quedarán por debajo de los ojos y la forma incorrecta de solucionar el problema de la visibilidad sería inclinar hacia atrás el capuz, produciendo el horrible efecto que denominamos «bruja».

La solución correcta a este defecto sería la de añadir discretos suplementos de cartón a la punta del pirulí, de modo que la tela subiera hasta una posición correcta.

Si al contrario, la tela es corta o escasa, los agujeros quedarán altos, siendo su incorrecta solución la de inclinar el capuz hacia



adelante, provocando un efecto al que podemos llamar del «unicornio», tan antiestético o más que el anteriormente expuesto. En este caso podemos recurrir al moderado recorte de la punta del pirulí con el fin de que la tela baje más, al tiempo que procuraremos estirla al máximo posible.

En ambos casos, las soluciones dadas son sólo aplicables para pequeños defectos, pues si éstos son de gran magnitud, no tendremos otro remedio que sustituir la tela.

En cualquier caso, sería conveniente considerar, cuando se proceda a la confección de nuevos capuces, que resultan más complicados de solucionar los defectos ocasionados por la escasez de las telas. Diríamos, resumiendo, que en estos casos, valdrá más pecar por exceso que por defecto.

EL USO CORRECTO

Una vez comprobada la idoneidad del capuz, y tras su planchado, es conveniente fijar la tela del capuz a la del pirulí por medio de imperdibles, comprobando el correcto emplazamiento de la tela, es decir, con los agujeros en la parte opuesta a la costura del pirulí, y bien centrados para facilitar el posterior amarrado de las cintas.

Si conocemos el puesto que vamos a ocupar en el tercio, es igualmente conveniente, antes de fijar la tela, girar esta ligeramente hacia el lado opuesto a la fila que se ocupa, lo que, una vez en procesión, nos facilitará la alineación con el compañero de la fila contraria.

En los momentos previos al desfile, tendremos por norma ponernos el capuz cuando

se nos ordene, pues hay que seguir el criterio de retardar al máximo este acto.

El motivo no es otro que el de evitar un calor innecesario que puede producir una fatiga adicional a la propia del desfile. Este calor, en lugares cerrados como la Iglesia, es mucho más intenso que en la calle. Si se portan capuces especialmente espesos como, por ejemplo, los de terciopelo, esta precaución deberá extenderse.

No debemos caer, sin embargo, en las prisas por deshacernos del capuz durante la recogida. Resulta muy feo ver penitentes que lo hacen apenas cruzado el umbral de la iglesia, siendo esto, por desgracia, demasiado frecuente. Después de varias horas de esfuerzo, no creemos que unos metros más supongan un sacrificio insuperable.

Finalizaremos este capítulo aconsejando efectuar el amarrado de las cintas manteniendo la boca abierta mientras se aprietan éstas, evitando con ello que nos aprieten en exceso, y quedando, como comprobaremos, perfectamente amarradas.



Tambores y música

LOS tambores, de gran importancia y tradición en las procesiones de la mayor parte de España, adquieren en Cartagena una trascendencia aún mayor, pues son el cauce imprescindible para lograr ese orden que distingue a nuestros desfiles

En nuestras procesiones se dan muy distintos usos de este instrumento, pues de diverso carácter son las formaciones que desfilan por nuestras calles durante la Semana Santa, pero en esta guía vamos a centrarnos en la utilidad de los tambores para los tercios de penitentes, pues a éstos va dirigida la presente obra.

Nuestros tercios desfilan con el ritmo o cadencia de tambores, cuando no lo hacen con éstos y la música simultáneamente. Este ritmo de tambores es el llamado «Allegro andante con moto, ma non troppo», lo que, traducido al castellano, viene a decir «Andante alegre con movimiento, pero no demasiado». Este ritmo es de aproximadamente unos 50 ó 52 pasos por minuto. Un ritmo más lento merma la espectacularidad de un tercio y supone una mayor dificultad para el penitente, pues por ser excesivamente lento, la soltura del paso puede verse comprometida por la dificultad que entraña el mantenimiento prolongado del pie que queda en el aire en tal posición, que dificulta notablemente el equilibrio. Por el contrario, si optamos por imprimir un ritmo más rápido, el problema del equilibrio será menor, pero puede resultar igualmente más fatigoso y estéticamente el resultado no es muy satisfactorio.

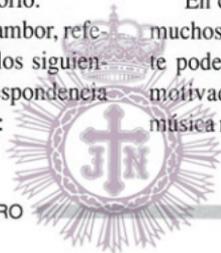
Digamos que los tiempos del tambor, referidos a su lenguaje musical, son los siguientes: Rau-Plau-Tarau-Tau. La correspondencia de estos tiempos sería la siguiente:

Rau - Redoble - Pie izquierdo
Plau - Doble - Pie derecho
Tarau - Redoble- Pie izquierdo
Tau - Doble - Pie derecho

Estos cuatro tiempos se suceden ininterrumpidamente durante todo el desfile, y su identificación puede verse dificultada, en cierta medida, por la música, pero ésta tiene siempre un acento que coincide con los redobles y que no es difícil de detectar si se tiene un buen oído musical, característica que deberá exigirse por norma a los sudaristas por la dificultad habitual de éstos para escuchar nítidamente sus tambores.

Para finalizar, en lo que respecta a los ritmos de los tambores, debemos salir al paso de un error muy frecuente que cometen ciertos penitentes que intentan marcar el ritmo de éstos de memoria, cuando han perdido la audición correcta. Utilizar este método es un seguro fracaso, pues es absolutamente inviable. Baste decir que, en cierta ocasión, se situó de espaldas a dos buenos directores de orquesta para comprobar el desfase que se produciría entre ambos partiendo de un ritmo común, y que, en menos de un minuto, ya eran más de dos los compases de desajuste. Resulta obvio que, si los buenos profesionales de la música no son capaces de seguir un compás a ciegas, unos aficionados no pueden intentar poner en práctica un método tan cuestionable.

En cuanto al desfile con música, presenta muchos aspectos positivos. Fundamentalmente podemos decir que la música es un gran motivador del penitente, pues desfilan con música resulta mucho más gratificante y espec-



tacular que hacerlo únicamente con tambores, e indudablemente, causa un mayor impacto en el público. También la música es una ayuda para los momentos de problemática acústica, pues es, en ocasiones, más audible que los tambores, que rigen su ritmo, por lo que podemos desfilar con la única ayuda de la audición musical, siempre y cuando sepamos diferenciar los tiempos de los tambores por el acento musical anteriormente mencionado.

Para finalizar este capítulo haremos una breve referencia a los timbales. Estos sólo marcan los redobles de tambor, y son de utili-

dad en las bandas de música militares. En las procesiones suelen ser nefastos, hasta el punto de haber llegado a ser prohibidos en el seno de la Cofradía Marraja. Su sonido, excesivamente fuerte, provoca frecuentes cortes en la procesión, pues el aumento de las distancias es uno de los pocos recursos para combatir las dificultades acústicas que provocan los timbales.

El penitente, en conclusión, deberá en todo momento prestar a los tambores la mayor atención, pues son ellos los que hacen posible esa seña de distinción de nuestras procesiones, que es «llevar el paso».



El paso

EL paso es un elemento, tan absolutamente esencial en el desfile, que, de las diferentes formas de concebirlo, han surgido rivalidades que han pervivido durante décadas.

Difícil es, por tanto, enunciar unos principios que puedan ser asumidos por una mayoría de procesionistas.

Mientras un paso largo y natural ha distinguido a determinadas agrupaciones, otras han optado tradicionalmente por un paso corto, que incluso han llegado a enlentecer mediante un ritmo lento de tambores.

Sin embargo, a pesar de la aparente subjetividad del tema, éste encierra cuestiones que han de aceptarse como dogmas por el penitente, sea cual sea la longitud de paso habitual en su agrupación y su mayor o menor naturalidad.

Punto elemental es que el pie izquierdo siempre avanzara al redoble del tambor, y el derecho, al doble. A pesar de la sencillez de esta afirmación, se puede ver a penitentes en procesión que parecen irreconciliablemente reñidos con el tambor. También hay penitentes que no consideran importante este punto, opinión a nuestro juicio aberrante, y a la que damos respuesta en el capítulo dedicado al sudarista.

En cuanto a la pérdida del paso, debemos decir que la forma más sencilla y discreta de recuperarlo consiste en dar dos pasos seguidos con el mismo pie, haciéndolo con naturalidad y evitando que los nervios hagan el fallo más patente. La experiencia, en estos casos, representa un grado.

También es elemental, pero hay que decirlo, que el hachote se apoya cada dos pasos, o

sea, siempre con el mismo pie, y que éste sea el derecho o el izquierdo dependerá del tercio en el que se desfile. Esto también parece obvio, pero nos viene a la memoria lo sucedido un Sábado Santo, hace ya bastantes años. Un penitente debutante, aun sin salir de la Iglesia, inventó una nueva forma de andar con el hachote, consistente en picar éste con ambos pies, creando un estilo que, bien mirado, resulta complicado de ejecutar, y que no tardó en ser denominado, en atención a la figura que componía el penitente, estilo «pantera rosa». Afortunadamente para el tercio, un avisgado vara capturó al «innovador» antes de que diese a conocer su invento al público cartagenero. Ignoramos si, en la historia de las procesiones, alguien habrá realizado un desfile tan breve.

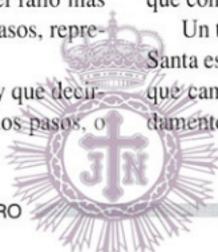
Cabe añadir, por lo que respecta al paso, que salvando los diferentes conceptos sobre el mismo, se puede señalar como idónea la naturalidad en la ejecución del mismo.

El paso del penitente se asemeja al de un hombre que «pasea» con bastón, en este caso un hachote.

Los movimientos son suaves, acompasados, reñidos con un exceso de rigidez o automatismo. Caminando así proporcionaremos el hermoso espectáculo del balanceo simultáneo de esa preciosa prenda que es la capa.

Durante muchos años hemos admirado la ejemplar elegancia de un penitente sampedrista, que portaba la cruz invertida, con un paso que consideramos modélico.

Un tercio de penitentes en nuestra Semana Santa es, esencialmente, un grupo de capirotos que caminan en orden, elegante y sincronizadamente.



El Hachote

Como indicábamos al hablar del paso, el hachote se maneja de forma similar a un bastón. Los hachotes son en Cartagena un elemento artístico de primer orden, pequeñas obras de arte que se exhiben por las calles y cuya belleza se realza con el andar majestuoso del penitente.

Diversos aspectos en su manejo influyen directamente en la mejora del desfile en la forma que veremos.

El agarre - Conviene, por razones de estética y de comodidad, unificar criterios a este respecto.

A efectos estéticos, porque es más lucida una hilera donde todas las manos cogen el hachote a una altura parecida.

Por comodidad, porque en un determinado ángulo del brazo se trabaja de forma menos propicia a la sobrecarga de éste. Esta posición sería la de mantener el brazo formando un ángulo recto con el antebrazo, aproximadamente. Las diferentes estaturas de los penitentes darían, lógicamente, lugar a una diferente colocación de las manos, pero esta diferencia sería gradual, como las estaturas de una hilera, por lo que no sería antiestético. Por otra parte, el codo del penitente se situará ligeramente separado del cuerpo.

Cabeceo - El apoyo del hachote con un pie y su posterior inclinación al siguiente paso dan lugar al movimiento cadencioso que, ejecutado sincronizadamente por todo el tercio, proporciona el más elocuente espectáculo de orden de las procesiones.

La importancia de ejecutar correctamente el movimiento del hachote es mucho mayor de lo que, por rutina, hemos llegado a creer. Cada tercio debe aspirar a unificar criterios para que se dé la homogeneidad necesaria en los movimien-

tos de sus penitentes.

Podemos señalar como fundamento básico que, inclinar excesivamente el hachote da un aspecto exagerado al paso, a la vez que supone una dificultad para el penitente, que requerirá un mayor esfuerzo para alzarlo nuevamente. Por norma, aunque llevemos un hachote ligero, evitaremos las exageraciones.

El apoyo - Al igual que el cabeceo, el apoyo del hachote en el suelo debe ser suave, evitando brusquedades y rigideces. No hay que olvidar que la marcialidad de nuestros desfiles no es de índole castrense.

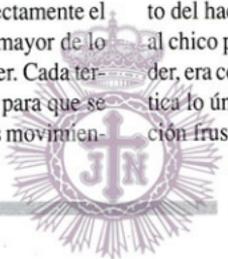
El juego de muñeca - Para lograr la armonía de los movimientos ya expuestos, es fundamental comprender que el hachote ha de ser «jugado» o movido a base de movimiento de muñeca.

El brazo no debe acompañar al hachote describiendo un movimiento circular semejante al de la máquina de tren. Con este movimiento el hachote se desplaza sin ser cabeceado, manteniéndose siempre vertical y produciendo un efecto antiestético.

Este movimiento es frecuente en tercios infantiles, siendo en estos casos comprensible, pues los niños suelen confundir la marcialidad con movimientos mecánicos.

Por desgracia no faltan «instructores» que les inculcan ese robotismo.

Recordamos haber visto en cierta ocasión, durante un ensayo de un tercio infantil, a uno de estos maestrillos reprender severamente a un niño que ejecutaba a la perfección el movimiento del hachote. Aquel ignorante se colocó junto al chico para mostrarle la forma que, a su entender, era correcta, y durante su demostración práctica lo único que dejó bien patente fue su vocación frustrada de militar soviético.



Arrancadas, paradas y estática

LA sincronización en las arrancadas y las paradas de los penitentes es un fundamento esencial del orden de nuestros desfiles. Medio imprescindible para lograrla son las señales del sudario, que son muy diversas, pues se adaptan a las preferencias de cada agrupación y a determinados condicionamientos técnicos.

A pesar de esta diversidad de señales podemos indicar que es un principio de aplicación general que las arrancadas y paradas se efectúan siempre con el pie izquierdo, coincidiendo lógicamente con el redoble del tambor.

En los tercios que «pican» o apoyan el hachote con el pie izquierdo esto supone una pequeña dificultad: la de arrancar debiendo alzar el hachote en el primer paso para apoyarlo, lo que, partiendo de una posición estática, ocasiona un movimiento sensiblemente brusco por parte del penitente. Se puede recurrir a una salida con inclinación o «cabeceo» del hachote durante los dos primeros pasos, solución que, por supuesto, no sugerimos para iniciativas individuales, sino para la general del tercio.

Los que apoyan el hachote en el derecho no tienen problema alguno, y arrancan cabeceando el hachote con el primer paso, para apoyarlo seguidamente en el segundo.

En cuanto a las paradas, a los que pican en el izquierdo les basta, al cerrar con dicho pie, con lanzar el hachote hasta la mitad de su recorrido, quedando completamente vertical en su posición de descanso.

El cierre, en el caso contrario, se realiza cabeceando el hachote sólo durante la mitad de

su recorrido, quedando igualmente vertical para el descanso.

La correcta ejecución de arrancadas y paradas dan una buena medida de la disciplina y adiestramiento de un tercio. Para lograr la perfecta sincronización observaremos una serie de preceptos que enumeramos a continuación

1.- Todo penitente debe conocer perfectamente, sin albergar la menor duda, las señales que, a estos efectos, tiene estipuladas su tercio.

2.- El mejor medio para prevenir los errores es prestar la máxima atención en todo momento. Cuando se sale a desfilar hay que olvidarse del público, los amigos, etc., poniendo los cinco sentidos al servicio del desfile.



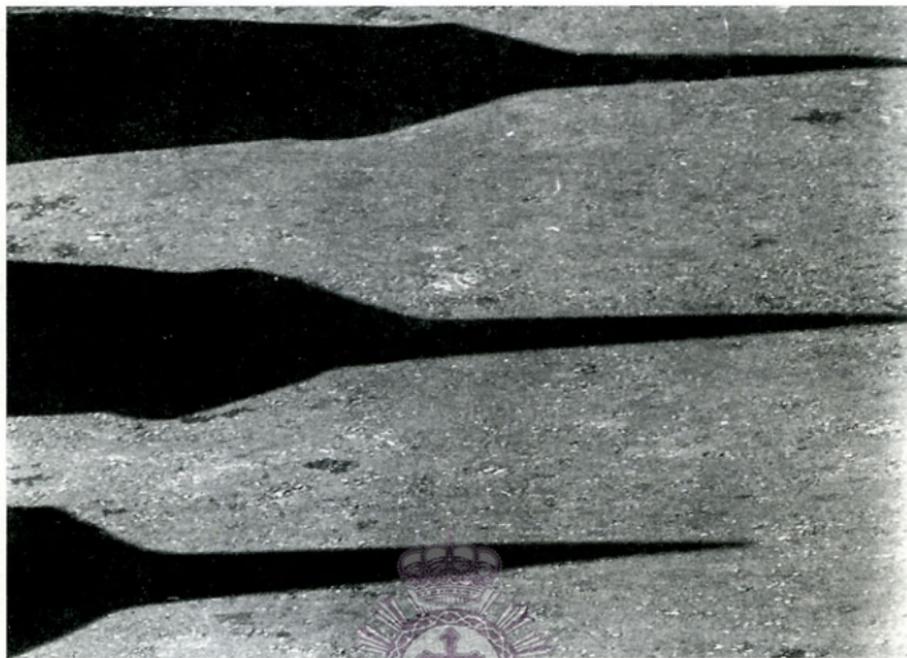
3.- Existen casos de especial dificultad en los que no resulta sencillo percatarse de las señales del sudario. Por un lado podemos hablar de los últimos penitentes de cada fila. Ateniéndonos a los fundamentos de la alineación, materia de otro capítulo, a partir de cierta altura del tercio, el sudario es apenas visible. Si solucionamos el problema «metiéndonos», pro- vocaríamos, con toda probabilidad, un «embudo», siendo peor el remedio que la enfermedad.

Los recursos válidos en estos casos serían:

I.- Fijar especial atención a la cruceta del sudario, generalmente visible sin necesidad de alinearse incorrectamente, pues viendo ésta nos percataremos de las señales efectuadas con el estandarte.

II.- Percepción del «movimiento previo». Cuando tenemos una pésima o nula visibilidad del sudario, podemos recurrir a un detalle que sí resulta fácilmente detectable. En la quietud de un tercio parado se detecta, en ocasiones, un movimiento, sólo perceptible desde dentro del tercio, que efectúan los penitentes que sí gozan de una buena visibilidad cuando la proximidad de la arrancada es inminente. Consiste en una cierta «tensión», pues se abandona la relajación para incrementar la atención. Este «movimiento previo» se realiza de forma inconsciente y no presenta inconveniente, pues no es fácil detectarlo desde fuera. Lo conoce y detecta quien está en el tercio.

III.- Por último, e independientemente de



que usemos los recursos anteriores, debemos reiterar que la mejor prevención de los errores consiste en extremar la atención, en «no bajar la guardia» aunque nos parezca molesto y fatigoso.

CORRECCION DISCRETA DE ERRORES

Existen formas para corregir discretamente los errores, aunque sería más propio decir que son trucos para disimular las meteduras de pata.

Cuando se arranca o se para mal, casi siempre por negligencia, por falta de la atención debida, la única solución airosa que le queda al penitente es intentar que su error no se note, y esto, en cierta medida, se puede lograr. La experiencia y la serenidad son muy importantes en este punto. El capirote que se equivoca y se deja llevar por los nervios, termina por agravar su error y, en su aturullamiento, lo hace más notorio.

En las arrancadas, el truco consiste en salir con un paso de retraso con toda naturalidad. Esto es, al salir con un compás de retraso arrancaríamos con el pie derecho lanzando directamente al hachote hacia adelante, si nuestro tercio pica con dicho pie, y cabeceando el hachote si el tercio pica con el izquierdo. Si se hace sin titubeos, con serenidad, el fallo será prácticamente imperceptible.

Cuando el error se produce al parar, es igualmente fácil de disimular si se conserva la calma. En este caso bastará con parar con un paso de retraso con la misma naturalidad.

Si picamos con el pie izquierdo, ese paso

«extra» del pie derecho nos hará cabecear el hachote hasta la mitad de su recorrido, o sea, hasta quedar en la posición vertical preceptiva de las paradas.

Si el pie derecho es el que lanza o pica el hachote, como el paso de más se da con este pie, lanzaremos el hachote sólo hasta la posición vertical, quedando parados.

Estas soluciones sólo son de utilidad si somos capaces de ejecutarlas con serenidad y si el despiste no rebasa el límite de un paso. Si el penitente está, como dice la expresión popular, «en la luna de Valencia» y su error pasa ese límite, será inútil intentar disimular.

LA ESTATICA

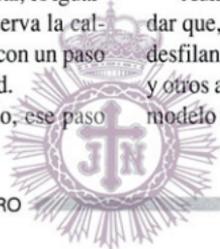
Es éste un aspecto bastante indicativo de la disciplina de un tercio.

Sin llegar a posiciones reñidas con la quietud, que será absoluta, cuando estemos parados debemos hacerlo sin rigidez, de un modo natural, relajándonos.

No se esta más quieto por estar más tenso y rígido, y el exceso de tensión y rigidez durante las paradas puede producir una enorme fatiga al penitente.

Así pues, actuando correctamente en las paradas, veremos que es perfectamente compatible la absoluta quietud y la debida atención, con una actitud relajada exenta de tensiones innecesarias.

Aunque parezca innecesario, hay que recordar que, durante la posición estática, así como desfilando, el penitente evitara gestos, saludos y otros actos de indisciplina, tratando de ser un modelo de austeridad.



Alineaciones

EL mantenimiento de una correcta alineación, tanto con los precedentes en la fila como con el compañero de la otra, con el que debemos emparejarnos, es una exigencia constante para el penitente a lo largo de todo el desfile.

Para los trazos rectos se hará como en la «mili», es decir, detrás del penitente anterior, y viendo en todo momento las mismas zonas del cuerpo del anterior al citado. Resumiendo, veremos siempre dos capirotos: uno entero (el que nos precede) y el otro en unas zonas invariables (el anterior al que nos precede). Manteniendo la visión de estas zonas invariables conoceremos que nuestra alineación es la correcta.

En ciertas variaciones, el tercio pasa a ser de dos segmentos rectilíneos, como veremos al hablar de los trazados, y al llegar al punto de la variación la alineación no será tan rigurosa, pues, sin llegar a ser anárquica, podemos decir que será facultativa, utilizando la visión de la línea de carrera, la baldosa u otra forma de orientación. No hay más que pensar que, si un penitente gira en una variación, si lo cubrimos como en las rectas, haremos un embudo. Lo expuesto en este párrafo será de aplicación en cualquier tipo de variaciones, ya sea al trazar los ya mencionados segmentos rectilíneos, como el cambiar de una calle a otra en giros de noventa grados.

EL CALIBRE

El calibre o anchura del tercio puede, en ocasiones, estar condicionado por las diferentes anchuras de las calles por las que se desfila.

A efectos de evitación de los problemas que implican los cambios de calibre, la tendencia

general será la de optar por una anchura más bien pequeña, que se adaptará mejor a los posibles cambios. Otra ventaja, será que, como sucede con todas las apreciaciones susceptibles de error, sobre menor distancia, el error será potencialmente menor.

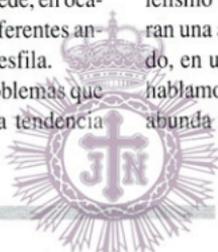
En la fijación del calibre, el papel primordial será de los punteros, desde la salida del desfile y en todas las posibles variaciones que se produzcan durante el mismo.

Una, más que válida, referencia para los punteros en el objetivo de fijar un calibre más o menos permanente, es la que le aportan los borlas. La posición del hombro interior del puntero, coincidente con el exterior de los borlas, da lugar a un calibre muy apropiado para la mayor parte del recorrido, además de servir para que los penitentes del sudario queden perfectamente centrados con respecto a las hileras de alumbrantes. Resulta innecesario casi, añadir que el mantenimiento del mismo calibre desde el primer al último penitente, implica la perfecta alineación entre ambas hileras en un sentido lateral.

En cuanto a la posibilidad de cambio de calibre del tercio al pasar de una calle a otra, éste se efectuará al variar en la esquina, debiendo entrar el tercio ya cambiado.

ALINEACION LONGITUDINAL Y EMPAREJAMIENTO

De poco serviría el logro del perfecto paralelismo de nuestras filas si éstas no mantuvieran una absoluta igualdad en su longitud. Cuando, en un tercio una fila es más larga que otra, hablamos de la llamada «cojera», fenómeno que abunda fundamentalmente en las salidas de los



giros y más escasamente en las rectas, y que suele dar la medida de un desfile en general muy pobre, pues es uno de los defectos más sencillos de evitar.

Diremos que, a efectos de emparejamiento de cada penitente con su compañero de la fila contraria, la fila que servirá como guía en los tramos rectos será la izquierda, siendo esto así porque en los giros será guía la fila exterior o de mayor recorrido, y en la mayoría de éstos la fila exterior es la izquierda por abundar más los giros hacia la derecha.

En los menos abundantes giros hacia la izquierda, la fila exterior es lógicamente, la derecha, que sólo en estos casos servirá de guía a la otra.

La causa de que sea la fila exterior la que guíe en los giros es muy simple, ya que la fila que hace el recorrido más corto o interior, debe hacer el fuelle y esperar al compañero de la exterior, que tiene a su cargo un recorrido bastante mayor. Llamamos fuelle al encogimiento que se produce en la fila interior con el objetivo de mantener en todo momento emparejados a los penitentes de ambas hileras, a pesar de que éstas realizan recorridos de diferente longitud al trazar un giro.

Del hecho de que la fila derecha se guíe por la fila izquierda, es decir, que sean los penitentes de la primera los que estén pendientes del emparejamiento con su compañero respectivo, a excepción de los giros hacia la izquierda, deducimos que la fila izquierda es la que mantiene, durante la mayor parte de la procesión, la distancia entre penitentes en sentido longitudinal, mientras que la fila derecha mantendrá esta distancia de una forma un tanto indirecta, pues se la proporcionará el compañero de fila izquierda con quien deba ir emparejado.

Para la fijación de distancias en sentido longitudinal, los criterios pueden ser variables, pero

debemos recordar que, al igual que sucedía con el calibre, las distancias menores reducen el potencial error, por lo que resultan más aconsejables. En todo caso, en cada tercio serán sus responsables quienes harán las indicaciones que estimen pertinentes a este respecto, de acuerdo con los criterios imperantes en la agrupación.

La distancia de los punteros con respecto al sudario, será permanentemente marcada por el puntero de la fila guía, y tendrá también en consideración la relación directa que hay entre la magnitud de las distancias y de los errores, con el fin de evitar que esta distancia sufra continuas variaciones a lo largo del desfile.

Es importante reseñar que, en materia de alineaciones, el penitente debe tomar, más que nunca, la iniciativa particular para los casos en que se produzcan fallos, ignorando los trazados de los penitentes que le preceden, en el caso de que éstos hayan ejecutado mal un viraje, o simplemente no sean capaces de alinearse correctamente incluso en las rectas. En estos casos, lo más discretamente posible, intentará corregir el error de quienes le preceden, pues los embudos y bolsas son errores de alineación colectivos, evitables, a veces, con el acierto y oportunismo de un penitente.

Podemos concluir con todo lo dicho que, embudos, bolsas y «cojeras» son defectos de alineación que, se pueden evitar si nos esforzamos en mantener la alineación correcta con nuestra fila y el emparejamiento constante con el compañero de la contraria. Un buen nivel en este aspecto del desfile es algo a lo que debe aspirar todo tercio que se precie, ya que, el concepto de alineación es fácilmente perceptible por todo el que ve una procesión. No hace falta entender mucho de desfiles para captar errores en las alineaciones y formarse una negativa imagen del tercio que los comete.



Trazados

Mantener una correcta alineación, es decir, el perfecto paralelismo de las dos hileras del tercio, es objetivo fundamental durante el desfile, que se ve dificultado, en gran medida, en las calles de trazado sinuoso o irregular y en los giros. En este capítulo vamos a ocuparnos de las primeras, ya que los giros nos ocuparán capítulo aparte.

Muchas agrupaciones consiguen un alto nivel de precisión desfilando en línea recta, pero son muy pocas las que «revalidan» esta nota al enfrentarse con trazados irregulares, que, por otra parte, son frecuentes en las calles del casco antiguo de la ciudad, por las cuales discurren nuestras procesiones.

Personalmente, consideramos éste uno de los capítulos más importantes de este manual, y debemos suponer que, muchos estarán de acuerdo con nosotros a este respecto, si se nos admite como prueba irrefutable la gran aglomeración de procesionistas que se produce, año tras año, en la calle Jara, donde acuden cofrades de todas las agrupaciones atraídos, sin duda, por una cierta dosis de morbosa curiosidad, y otra, de una maliciosa y, por otra parte, muy humana esperanza de ver a los rivales meter la pata estrepitosamente, pobre consuelo en ocasiones, de quien, con frecuencia, yerra igualmente al enfrentarse con el problemático trazado.

La calle Jara es el más conocido ejemplo de lo que exponemos en el presente capítulo, aunque no es más que una de las muchas dificultades que se pueden presentar a lo largo de la carrera.

A la calle Jara, eso sí, hay que reconocerle, por ser tradicional foco de atención procesio-

nil, la categoría oficiosa de «examen de reválida» de los tercios. Supongamos que uno de estos tercios cuaja una gran actuación durante toda la procesión: si llega a la calle Jara y la ejecuta defectuosamente -lo cual, hay que decirlo, es frecuente-, verá frustrado el sobresaliente «cum laude» y la satisfacción por el desfile quedará incompleta.

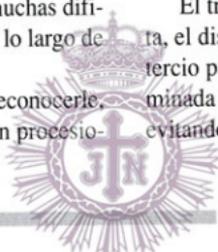
Probablemente, a estas alturas, comenzará a preguntarse el lector si le vamos a dar aquí la fórmula de la correcta ejecución del trazado de la calle Jara. Aunque muchos procesionistas creen que es fácil, la ley de la calle con los resultados a la vista, demuestra que no todos dan con dicha fórmula, y que, en todo caso, son pocos los que saben ponerla en práctica.

No es intención nuestra, en este capítulo, exponer tal fórmula, sino unas prescripciones técnicas genéricas sobre los trazados que, asimiladas por el lector, le den la clave para deducirla personalmente.

Por otra parte, el penitente debe aprender a solucionar los problemas que la calle le plantea, sin pretender que se le den soluciones prefabricadas, pues la procesión le demostrará con frecuencia, que los problemas imprevistos no son inusuales.

LA RESPONSABILIDAD DE LOS TRAZADOS

El trazado es, desde nuestro punto de vista, el diseño del recorrido idóneo para que un tercio pueda ejecutar el desfile por una determinada calle, sin descomponer su alineación y evitando los defectos en la misma.



El trazado es, consecuentemente, una labor sencilla en calles rectas y en giros regulares.

Las dificultades surgen en las calles sinuosas e irregulares y, en muchos casos, cuando la irregularidad presenta la distribución del público, hecho que sucede cuando éste no se ajusta a los límites de la calzada, y que también se da con frecuencia.

Todo ello sin olvidar que, en ocasiones, podemos ser sorprendidos con obstáculos imprevistos en la calzada, que también serán tenidos en cuenta al trazar la calle.

El sudarista es el trazador por excelencia. Además de él, los punteros, primeros trazadores en el tercio, tienen una importancia máxima en el éxito del mismo.

La razón resulta evidente. El primer penitente que hace el recorrido es el sudarista, que, al tiempo que desfila, debe ir estudiando la calle y el trazado ideal de la misma, pues él será referencia de los punteros, y por ende, del tercio.

Antes de recorrer una calle, la trazada ha de estar clara en la mente del sudarista, y los punteros deben prestar toda su atención para detectar los puntos exactos donde se produzcan las variaciones de éste.

Cuando todos los penitentes varían en el mismo sitio, la variación se ha realizado correctamente.

COMO TRAZAR LAS CALLES «CONFLICTIVAS»

Muchas calles, por su conformación, propician la aparición de «bolsas», «embudos» y otras lacras temidas por las agrupaciones. Es-

tos defectos no quedan necesariamente evitados por una trazada correcta de sudaristas y punteros, ya que hay que contar con que, el resto de alumbrantes, sean capaces de ceñirse escrupulosamente a ésta.

El sudarista debe evitar, en primer lugar, realizar trazados ambiguos, corrientes en las calles, cuyas variaciones no tienen un emplazamiento muy concreto.

Podemos considerar ejemplos de éstas la Puerta de Murcia, Jara, o las transiciones de Parque a Serreta y de Duque a San Francisco, aunque no son, ni mucho menos, las únicas en presentar dificultades.

Para dejar bien claro el trazado de estas calles, el sudarista debe «transmitir» a los punteros cuáles son los puntos precisos de sus variaciones, con el fin de que todo el tercio varíe exactamente en el mismo lugar.

El modo más sencillo de señalar este punto consiste en «marcarlo» dando dos o tres pasos ostensiblemente cortos sobre ese punto, al que podemos considerar como eje de la variación. De este modo, facilitaremos a los punteros, con total exactitud, el emplazamiento de dicho eje. A esta acción solemos denominarla «marcar la variación».

IGNORANCIA DE LIMITES

Una consideración muy a tener en cuenta es que, en muchas calles, el trazado idóneo para el tercio no se corresponde con los límites que impone la calzada o la situación del público.

En estos casos, debemos considerar con indiferencia el hecho de que una hilera no marche paralela a las aceras o al público. Si en una calle las aceras no son paralelas, es imposible



que la alineación del tercio sea correcta, si ambas hileras guardan paralelismo con sus aceras respectivas. Por ello afirmamos que, los límites de la calle, no serán determinantes en los trazados.

Menos aún, el público. Este ocupa, en algunos sitios, amplios espacios de la calzada, creando un contorno irregular y en continua mutación, por lo que, tomarlo como referencia, puede inducir a numerosos errores. Un tercio puede ir perfectamente centrado y tener mucho más cercano al público por un lado que por el otro, creándose la sensación de que va ladeado.

Pero hay ocasiones en que hay que ignorar incluso el centro de la calle. Si en la Glorieta de San Francisco, tomamos dirección hacia Arco de la Caridad por el centro de la calzada, tendríamos que serpentear al llegar a esta última, dando lugar a una solución antiestética. Lo lógico, en este caso, será marchar completamente escorados a la izquierda, ignorando el centro.

TRAZADOS MAS COMUNES Y SU PROBLEMÁTICA

Se efectúan en uno o en varios tramos, consideramos tres clases de trazados: rectilíneos, curvos y mixtos.

Los rectilíneos, como resulta fácilmente deducible por su denominación, se efectúan mediante uno o varios tramos rectos. La tendencia general será la de utilizar este modo de trazar, siempre que la calle lo permita, pues es claramente el más sencillo.

Los trazados curvos presentan mayores dificultades. Si se traza un arco de corto recorrido, y, con un ángulo muy cerrado, la dificultad será mínima. El problema es más arduo de re-

solver airoosamente cuanto más abierto es el ángulo del arco que pretendemos trazar. La amplitud de una variación la hace mucho más ambigua, pues no existe un punto concreto de variación. Existen calles donde el público suele colocarse en forma que «invita» a trazar arcos de gran amplitud, y que, sin embargo, pueden trazarse a base de tramos rectos. Ejemplo de esta circunstancia puede ser la transición de la Calle Mayor a la del Aire, en la recogida de la procesión del Encuentro. Es obvio que, si seguimos los criterios ya expuestos, optaremos por los trazados rectilíneos.

En cuanto al arco de ángulo cerrado, como puede ser la transición Jara-Aire, no suele presentar opciones, pero esto se compensa por la sencillez de su ejecución.

Los trazados mixtos implican la existencia de, al menos, dos tramos, recto y curvo, aunque pueden ser más. La calle Jara puede presentar un trazado mixto. En este tipo de trazado, el nivel de dificultad vendrá determinado, como es fácil deducir, por el ángulo que describa el arco del tramo curvo.

En conclusión, es cuando se abandonan las rectas cuando los tercios demuestran verdaderamente su pericia. La responsabilidad de salir airoso de las dificultades que encontremos, es de todos sin excepción, pues, si es básica la correcta actuación de sudarista y punteros, ésta no serviría de nada si el resto de penitentes no asimila con precisión los trazados.

Estimamos, en conclusión, que todo penitente debe comprender el concepto del trazado.

Los fracasos estrepitosos tan habituales en estas calles «conflictivas», se evitarán, en gran medida, cuando todos los integrantes de cada tercio comprendan la importancia que tiene un trazado correcto.



Giros y variaciones

LA belleza de un tercio que ejecuta correctamente una línea recta, puede irse al traste si, al realizar un giro o una variación, lo hace defectuosamente. En el capítulo dedicado a los trazados hacemos referencia a giros y variaciones, pero referidos a la necesidad de que de ellos tenemos al perfilar un trazado. En el presente capítulo, lo hacemos centrándonos en la forma de ejecutarlos y diferenciando unos de otros.

Por variaciones entendemos ligeros cambios de trayectoria, que suelen venir dados por la irregularidad de una calle determinada. Estas variaciones, como veíamos, se marcaban con dos o tres pasos cortos en un punto concreto de variación, cuya detección por el penitente no suele presentar grandes dificultades.

Cuando hablamos de giros o virajes, entendemos un cambio de trayectoria relativamente importante, que, generalmente, se efectúa trazando un arco o línea curva que implica, lógicamente, mayores dificultades. Los virajes más corrientes son de 90°, es decir, en ángulo recto. En los giros los punteros observan el punto en el que el sudarista comienza a trazar su arco, y donde finaliza dicho arco, al terminar el giro. Al llegar a ese punto preciso, ambos punteros inician el trazado de los arcos de sus respectivas filas; un arco de corto recorrido para la fila interior, y un arco de mayor recorrido y, consiguientemente, mayor complicación, para la fila exterior.

Hablaremos de giros o variaciones dextrógiros o levógiros, según sean a derecha o a izquierda respectivamente. En los dextrógiros, será la fila derecha la que efectúe el fuele, encogimiento natural para el mantenimiento constante del emparejamiento, esperando al compañero de

la fila izquierda, que traza un recorrido más largo.

En los levógiros, obviamente será la fila izquierda la que efectúe dicho fuele.

Los penitentes de cada hilera comenzarán a efectuar el giro en el mismo punto en que lo hizo el puntero, e intentarán trazar el mismo arco que este trazo. La alineación durante los giros —la longitudinal, se entiende— será facultativa, como dijimos al hablar de las alineaciones, pues las distancias varían en función del mayor o menor recorrido del arco, según sea exterior o interior. También se tendrá en cuenta que, si cubrimos la alineación como en las rectas, acabaremos metiéndonos, si vamos en la fila interior, y saliendo, si vamos en la exterior.

La fila que efectúa el fuele, por tener un recorrido muy corto, esperará —como ya dijimos— a la fila exterior y no dejará de jugar el hachote a pesar de la cortedad del paso aunque lógicamente el cabeceo será menos pronunciado.

Se evitarán, por supuesto, los giros bruscos sobre un solo paso al estilo militar, pues estamos hablando del trazado de un arco y se intentará hacerlo suavemente, por muy breve que éste sea.

La correcta ejecución de los giros y las variaciones es un tema que mantiene una estrecha relación con los conceptos de alineaciones y trazados, de modo que resulta imprescindible la asimilación de los tres aspectos para obtener un buen nivel en los mismos.

Esa interdependencia se da entre la mayor parte de los aspectos del desfile, por lo que debemos ponderar su importancia de forma conjunta.

Podemos decir, pues, que el desfile es una materia sin compartimentos estancos.



Conducta en la Iglesia

E S éste un aspecto ético, pero no exento de repercusión en el desfile. No podemos olvidar que, si el penitente debe ser siempre voluntarioso, responsable, disciplinado y austero, de la misma forma, y creemos que por más importantes motivos, deberá obrar en la Iglesia.

En la calle, el respeto al público y el prestigio de la agrupación, son tenidos muy presentes en el ánimo del penitente.

La Iglesia es la casa del Señor, cuya Pasión conmemoramos durante toda la Semana Santa, y a Quien, en definitiva, ofrecemos nuestro desfile austero y sacrificado. Siendo tan evidente, nos parece que, sin embargo, se olvida con mucha frecuencia, pues no es extraño escuchar vítores y otras manifestaciones, más de autoexaltación que de devoción.

Durante la salida, los miembros del tercio se colocarán en sus puestos ordenada, disciplinada y silenciosamente, ajustando su actuación a las órdenes del Comisario de Iglesia, cofrade responsable de que la salida y recogida de la procesión se efectúe correctamen-

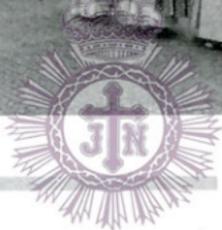
te, en orden y ajustadas a los horarios previstos.

Una vez se indique a los penitentes que ha comenzado el desfile, adoptarán éstos una completa quietud, pues consideraremos la nave de la Iglesia como parte de la carrera.

Durante la recogida, tendremos por norma desfilar en perfecta formación hasta el fondo de la iglesia, que es donde, realmente, termina el desfile. Después de varias horas de esfuerzo, un minuto más de sacrificio no nos parece gran cosa.

En este momento, especialmente propicio para las ya mencionadas manifestaciones de autoexaltación, procuraremos evitar los aplausos y vítores, cuyo marco adecuado no creemos que sea la Iglesia. Apelamos, pues, a la austeridad y el respeto.

Por contra, si aún nos hayamos en la Iglesia en el momento de «recogerse» la Virgen, no tendremos inconveniente en cantarle la Salve, pues con ello, no haremos otra cosa que orar. Para esto, no se nos ocurre un lugar más adecuado.



Varas

Resulta paradójico que sea éste, junto con el sudario, uno de los puestos más codiciados en los tercios. Y lo es porque muchos aspirantes a estos puestos renunciarían si conocieran realmente la carga que suponen. En el caso que nos ocupa el presente capítulo, debemos empezar diciendo que los varas asumen una gran parte de la responsabilidad del desfile. Cabe decir de ellos, como del sudario, que son en cierto modo comparables al entrenador de un equipo de fútbol, pues si el desfile es bueno, suele considerarse mérito del tercio, pero si es malo, normalmente las críticas se cebarán con varas y sudario.

La norma más común es que los varas suelen asumir la jefatura del tercio, es decir, asumen la máxima responsabilidad y representan al presidente, que delega su autoridad en ellos para las cuestiones referentes al tercio. Es lo lógico, si después se les va a exigir su responsabilidad en la misma medida.

Sus numerosas funciones abarcan una serie de actividades que se desarrollan, no sólo durante el desfile, sino también con anterioridad y posterioridad al mismo. En consecuencia, vamos a estudiar estas funciones siguiendo un criterio cronológico.

ACTIVIDAD PREVIA AL DESFILE

Generalmente son los varas quienes asumen la instrucción del tercio. Dirigen los ensayos en las agrupaciones que se sirven de este recurso y, normalmente, imparten las instrucciones. No hace falta insistir en la importancia de estas actividades en la formación de los penitentes.

Los varas forman también el tercio desde el punto de vista de la distribución de los puestos, atendiendo a criterios técnicos, pues la distribución de los penitentes es un factor que influye notablemente en el desarrollo del desfile.

Para ello deberá conocer bien al tercio, saber cual es el rendimiento de sus integrantes en el desfile, a excepción de la incógnita que suponen los debutantes. Proveerán las hileras intentando hacer compatible el criterio de la estatura con una cierta alternancia de veteranos con inexpertos, de los más eficaces con los menos preparados, evitando con ello que determinados defectos o errores «arraiguen» en una hilera y ésta carezca de elementos capaces de enmendar los fallos.

En esta provisión de puestos prestarán especial atención a los puestos de especial responsabilidad, como sudario, punteros, zagueros y otros que precisan ser cubiertos con absoluta garantía.

Durante la última cita previa a la procesión ultimarán todos los detalles y efectuarán, incluso en el último momento, si las circunstancias lo indican, los cambios que estimen oportunos.

En este punto, causa habitual de controversias, es preciso insistir en que la disciplina es fundamental para lograr el éxito.

DURANTE EL DESFILE

Una vez que el tercio entra en la Iglesia, los varas supervisan la formación, procurando que las alineaciones, «calibre» y la actitud de los



penitentes sean los correctos para «echarse a la calle».

En coordinación constante con el sudario, darán cuenta a éste de la normalidad en las filas para comenzar el desfile. Esta coordinación, una vez en la calle, debe ser permanente, pues son frecuentes, durante la procesión, las consultas entre sudario y varas, y estos últimos son, a su vez, nexo de comunicación entre el primero y el tercio.

Durante el desfile, efectuarán los varas una constante supervisión del tercio, comprobando que sus integrantes cumplen correctamente con sus cometidos, haciendo las indicaciones y correcciones que sean necesarias y realizando las sustituciones que se ocasionen por posibles indisposiciones o por bajo rendimiento de los penitentes.

En los giros es conveniente que, al menos uno de los varas, se sitúe en el punto desde el cual divise el sudario, siendo él visible por la parte del tercio que queda en la otra calle, con el fin de transmitir las señales de parada y arrancada que se producirán en caso de quebrarse el tercio. También puede ser conveniente que el vara se coloque en el punto de la variación para indicarlo a los penitentes, aunque

se puede prescindir de esta ayuda si el tercio demuestra capacidad para trazar correctamente sin ella los giros, circunstancia que valorarán y decidirán los propios varas.

En zonas «conflictivas», donde puedan producirse confusiones acústicas, se mantendrán especialmente alertados y coordinados con el sudario, por si éste requiriera alguna medida, para hacerla efectiva y para ponderar con el sudarista su conveniencia sobre la base de la disposición del tercio.

Todos estos aspectos hacen la labor de los varas muy diversa e intensa, pues deben centrar su atención en la práctica totalidad de los aspectos del desfile.

POSTERIOR AL DESFILE

Finalizado el desfile y la Semana Santa, es muy posible que la labor de los varas no haya llegado aún a su fin. Los presidentes de algunas agrupaciones, con un criterio muy acertado a nuestro juicio, recaban de los varas un detallado informe sobre las incidencias del desfile.

Es este el último esfuerzo que les depara la procesión, y supone una reflexión minuciosa sobre los aspectos más relevantes de la actuación del tercio, con una valoración de las cosas positivas y negativas, las responsabilidades concretas de los aciertos y de los fracasos, todo ello con un ánimo constructivo y con el objetivo de mejorar en los aspectos mejorables y mantener el nivel en los más positivos.

Una labor tan extensa, intensa y complicada, debe encontrar la comprensión y el apoyo del tercio, que, con disciplina y austeridad, puede contribuir a hacerla más llevadera.



Alumbrantes

LOS alumbrantes, portadores de hachotes, situados en dos hileras paralelas de igual número de miembros, componen la «columna vertebral» del tercio, el auténtico foco de atención del mismo, y es su actuación la que da la medida de la pericia del mismo.

La actuación de los alumbrantes abarca diversas facetas que estudiaremos bajo los siguientes epígrafes:

DISCIPLINA

Aunque este concepto se extiende a toda la actuación del penitente, vamos a enfocarlo hacia los aspectos en los que adquiere mayor relevancia.

Formación del tercio.- Como la generalidad del tercio, el alumbrante acatará las decisiones del Jefe de Tercio (habitualmente, el vara) y facilitará su labor acudiendo puntualmente a ensayos, juntas y cualquier otra actividad instructiva para el tercio, así como a la cita previa a la procesión, por si se produjesen cambios o instrucciones de última hora. Obligaciones de las que, obviamente, no están exentos los restantes miembros del tercio. Dentro de los límites que el criterio de la estatura impone al formar las filas, los responsables del tercio procurarán cubrir los puestos de punteros y zagueros con penitentes de contrastada capacidad, pues hemos visto en capítulos anteriores la importancia de los mismos.

Durante la procesión se aceptarán las decisiones y sugerencias de los varas, pues son éstos los que poseen una visión global de la marcha del tercio, que los capacita para resolver los posibles problemas.

En cuanto a la salida y entrada, remito al lee-

tor al capítulo «Conducta en la Iglesia», pues son momentos en que, la actuación del penitente, debe ser especialmente disciplinada.

PREPARACION TECNICA

Cuando se desfila con un hachote, debe hacerse conociendo plenamente todas las cuestiones técnicas que afectan al puesto, que son muchas.

Empezaremos insistiendo en que no se puede albergar ninguna duda sobre las diferentes señales del sudario, dudas que, de existir, se traducirán, con toda seguridad, en frecuentes errores.

Hemos dedicado capítulos a alineaciones, giros, trazados, paso y al manejo del hachote. Los preceptos recogidos en ellos son de imprescindible asimilación para quien ocupa un puesto en las filas del tercio.

No podemos caer en la tentación de consolarnos de nuestra ignorancia pensando que somos uno entre cuarenta y que, por tanto, nuestra responsabilidad es solo de una cuadragésima parte ante el posible fracaso. Basta un penitente ignorante o negligente para estropear la labor de todos los demás, frustrando una perfecta alineación, el buen trazado de un giro, etc.

Así, resulta imprescindible que cada penitente, individualmente, sea consciente de que es una pieza en el engranaje de la máquina del tercio, y que, su buen funcionamiento, es indispensable para el éxito general.

Quisiéramos insistir, para concluir, en que, casi todo el éxito del tercio, o su fracaso, depende, fundamentalmente, de sus alumbrantes, que son su auténtico foco de atención. Por ello, para lograr ese éxito, debemos apelar a la responsabilidad de todos sin excepción.



Sudarista

HAY una opinión errónea muy extendida, incluso entre procesionistas, según la cual, la principal condición que debe atesorar un sudarista es la fuerza física unida, preferentemente, a una gran envergadura. Es indiscutible que una buena condición física es importante para cargar con un elemento generalmente pesado, y que, por una cuestión de estética, se elija preferentemente al penitente de gran estatura para abrir la formación.

Sin embargo, reducir la problemática del sudario a un condicionamiento físico y otro estético, es ignorar la complejidad del puesto, en el que la condición técnica es claramente predominante.



No podemos olvidar que la mayoría de los estandartes van «enganchados», lo que relega el problema del peso a un plano secundario.

Tratando los diferentes aspectos que abarca la actividad del sudarista veremos que, contra la opinión más común, esta requiere un mayor esfuerzo mental que físico.

EL PROBLEMA DEL PESO

Como ya hemos indicado, este problema condiciona en exceso los criterios aplicados para la elección de sudarista. Algunos de los mejores sudaristas que han existido y existen no son hombres de gran fortaleza física, pero sí poseedores de buenos fundamentos técnicos.

En primer lugar, sea cual sea el peso del estandarte, el uso del gancho, también llamado «pincho» en el argot procesional, hace posible su carga por personas de constitución física normal, sin que se requiera un esfuerzo sobrehumano.

El gancho es un simple arnés que, en su parte delantera incorpora, a la altura del vientre, una plancha metálica de la que sobresale un gancho del que se cuelga el estandarte, que, para tal efecto, llevará en el varal la pieza complementaria al gancho macho o hembra.

Pese a su simpleza, es conveniente la práctica de la maniobra de «enganche», pues no siempre resulta fácil de realizar durante el desfile. El peso del sudario puede hacerlo difícilmente maniobrable; además, el sudarista no puede mirar ostensiblemente hacia abajo para ver las piezas a ensamblar y, a todo esto, se unen los naturales nervios que atenazan con frecuencia al penitente.



Una forma muy simple de facilitar la maniobra consiste en deslizar la mano por el varal hasta colocar los dedos sobre la clavija que lleva éste. Con esta referencia resulta ya muy sencillo dirigirla hacia la que portamos en el gancho y ensamblarlas.

Huelga aclarar que, los sudaristas que efectúan la señal de arrancada con el sudario alzado, pueden realizar esta maniobra estando parados, de forma que resulta mucho más sencilla que si se tiene que hacer desfilando.

Las ventajas que presenta el uso del gancho son evidentes, pues el peso se reparte sobre la totalidad del cuerpo, reduciendo considerablemente la fatiga y evitando, de este modo, el consecuente deterioro de la concentración.

EL CENTRO DE GRAVEDAD DEL SUDARIO

Discutámos, en cierta ocasión, con un inefable cofrade, sobre el peso del estandarte de su agrupación que, según nuestro interlocutor, era muy superior al de nuestro estandarte, y que suponía un martirio constante para su sudarista. Tras proceder a alzar el controvertido sudario y caminar con él a pulso, procedimos, con la venia de sus propietarios, a desmontarlo y volverlo a montar con una pequeña modificación: variamos la altura de la cruceta. Comprobó entonces el atribulado cofrade que resultaba mucho más ligero y manejable, maravillándose ingenuamente del resultado de un simple desplazamiento del centro de gravedad, cuya excesiva altura anterior le hacía ingobernable.

Con esta anécdota queremos mostrar el ejemplo de la importancia del adecuado mon-

taje del estandarte. Una altura excesiva del centro de gravedad del mismo supone una dificultad adicional, que se agrava cuando el sudarista no va equipado de gancho.

EL SUDARIO A PULSO

A pesar de las evidentes ventajas del gancho, hay sudaristas que se niegan a usarlo o carecen de él, encontrándonos los autores en este grupo de los que prefieren llevarlo a pulso. El principal inconveniente se deriva fundamentalmente de la fatiga, ya que ésta, como ya dijimos, también afecta a la entereza mental que requiere casi todas las facetas de su labor.

Teniendo en consideración el problema del centro de gravedad, anteriormente expuesto con relación al montaje del sudario, debemos decir que también la forma de coger éste, sobre todo a pulso, influye de forma apreciable en la situación de ese punto y, consecuentemente, en el grado de dificultad para llevarlo. Se tendrá por norma, atendiendo a este problema, coger el sudario con las manos ampliamente separadas, pues la proximidad de las mismas eleva igualmente el centro de gravedad. Llevar el sudario con las manos muy juntas puede ser casi tan difícil como llevarlo con una sola.

Para finalizar con este problema, diremos que la proximidad del varal al cuerpo es un factor positivo para el equilibrio del estandarte.

Aún después de tener en consideración estos consejos, no podemos dejar de recomendar a quien opte por prescindir del auxilio del gancho, que se someta a una buena preparación física para hacer frente, con las máximas garantías, al esfuerzo y la responsabilidad que, sin duda, exigirá de él su agrupación.





EXIGENCIAS TECNICAS DEL PUESTO

Esta es, indudablemente, su importancia. El sudarista abre el tercio, le indica los trazados, cuando arrancar y cuando parar. Y cada penitente debe mantener una atención constante sobre el sudario.

En este punto debemos destacar que el grado de seguridad del sudarista se transmite con facilidad al tercio, que siempre intuye o capta las dudas, titubeos o inseguridades de éste, de las cuales suele contagiarse. Por contra, como también suele contagiarse del aplomo y confianza del sudarista, este factor de contagio también puede ser positivo.

La adecuada preparación física y técnica es lo que mejor puede proporcionarnos esa segu-

ridad que el tercio espera siempre de su estandarte.

La claridad en las señales, marcadas con rotundidad y exactitud, evitarán en gran medida los fallos en el tercio. Por contra, las equivocaciones del sudarista, suelen provocar el fallo generalizado

Por ello podemos afirmar que, un escrupuloso sentido de la responsabilidad, es una cualidad ineludible para quien quiere llevar un sudario.

DISTANCIAS, CORTES Y ACUSTICA

Otro aspecto a considerar es la distancia con relación al precedente en procesión, que tiene relación directa con los problemas acústicos, los cortes y los quiebras del tercio.

La distancia es un aspecto relativo pues, el fenómeno del «corte», que siempre se intenta evitar, se valora según criterios muy subjetivos. Por tanto, en este punto, el sudarista se hace responsable ante su agrupación y su cofradía de valorar este aspecto, que choca, frecuentemente, con su necesidad de obtener una acústica nítida.

Y aquí llegamos a una faceta que todo sudarista debe dominar, pues está obligado a la percepción constante de sus tambores, y no puede permitirse equivocación alguna.

Debemos salir al paso, en este punto, a las disparatadas opiniones que, a menudo, hemos escuchado al respecto, en el sentido de que es indiferente qué pie avance con cada compás del tambor. Esta aberración, que hemos escuchado de labios de más de un veterano, nos reafirma



en la opinión de que la formación de los penitentes es una asignatura pendiente de nuestras agrupaciones. Son muchas las nefastas consecuencias de obrar, en consecuencia, con la opinión que aquí criticamos.

En primer lugar, porque el orden tiene como fundamento la asimilación de un criterio unificado. El paso es la base del orden en el desfile y no es, en consecuencia, susceptible de controversia. Si así fuera, resultaría imposible sincronizar el paso de cincuenta penitentes.

Todas las señales de sudarista se estipulan sobre la base de una norma fija y, de este modo, son asimiladas por el tercio, al que no se puede desconcertar por la simple comodidad de arrancar con el pie que nos venga en gana. Recordemos que, los últimos penitentes de cada fila, de respetar la correcta alineación, tendrán una visión muy defectuosa del sudarista, por lo que siempre arrancarán con el pie correcto, o sea, el izquierdo, y desfilarán cambiados con aquellos que hayan seguido al sudarista en su error. Claro está que nos estamos refiriendo al supuesto en que el sudarista arranque con el pie izquierdo en el doble del tambor, y no en el redoble, como sería su obligación.

También la banda de música, siempre respetuosa con la norma, desfilará, con toda certeza, cambiada con el tercio, en los casos del supuesto anterior.

Los fallos son, pues, inevitables en el tercio, cuando el sudarista no se ciñe a la norma, y de esos fallos será él el único responsable.

De todo ello se deduce la necesidad de que el sudarista tenga los suficientes recursos para superar los problemas acústicos que se le presenten, y excluir las soluciones fáciles, que sólo sirven para dar una imagen penosa de la agrupación.

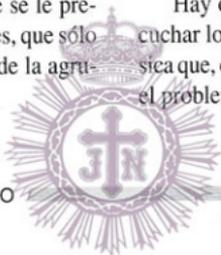
SOLUCION DE PROBLEMAS EN EL SUDARISTO

Empezando por los problemas acústicos, el sudarista dispone de diversos recursos para resolverlos eficazmente. Ya en la Iglesia, comienza a trabajarse en las soluciones a los previsibles problemas del desfile, comenzando por asimilar, nada más comenzar éste, el ritmo y sonoridad de nuestros tambores. Esto nos servirá para diferenciarlos de los de otras agrupaciones, con los que pueden entrar en confusión. Supongamos, por ejemplo, que nuestros tambores marcan un ritmo algo más rápido que los del tercio que nos precede (con los que es frecuente la confusión), en el peligroso instante en que ambos son percibidos simultáneamente, conoceremos el nuestro por ser el primero en sonar tras el compás común. Igualmente será útil, en este caso, la memorización de la peculiar sonoridad de nuestros tambores.

Pero la solución más eficaz y gratificante de los problemas acústicos nos viene de la mano de la música. Desfilar a su son, además de motivar poderosamente a los penitentes, resulta muy práctico para quien, como el sudarista, padece de lejanía de sus tambores. Para él es muy conveniente el conocimiento de las diferentes marchas, de las cuales, algunas son especialmente indicadas para salir al paso de situaciones comprometidas.

También debe el sudarista saber diferenciar en la música las notas coincidentes con el redoble, percepción muy sencilla, si posee un aceptable oído musical.

Hay ocasiones en que apenas podemos escuchar los tambores, pero sí claramente la música que, en estos casos, resuelve completamente el problema.



Por último, ante un problema acústico irresoluble, se puede optar por desfilar con tambores ajenos, para lo cual, los varas harán conocer al sudarista la disposición del tercio para seguir esta opción.

Esta coordinación, entre sudario y varas es, además, imprescindible durante la práctica totalidad del desfile.

Pasando al tema de las distancias, vamos a exponer las razones por las que se intenta mantener una cierta distancia con la agrupación y nazarenos que nos preceden.

1.- Por estética, pues ir demasiado cerca impide al público una buena visibilidad del estandarte y una correcta panorámica del tercio, así como la filmación y toma de fotografías.

2.- Para evitar quebrar el tercio. Debemos tener unos metros de margen para prevenir una parada muy prematura de quienes nos preceden, si nosotros ya hemos comenzado a entrar en una calle. Así podremos evitar «quebrar» el tercio, objetivo que tampoco debe resultar obsesivo ni condicionante para el sudarista. Se evitará siempre que se pueda y, cuando no sea posible, el tercio estará debidamente preparado para hacer frente al problema de arrancar y parar sin ver el sudario.

3.- Por acústica. Es frecuente en el sudario escuchar con más claridad los tambores y música de la agrupación precedente que los propios. No es un problema grave si mantenemos una distancia prudencial. Acercarnos en exceso comprometerá seriamente la acústica.

Cuando entra en una calle, el sudarista debe tener en cuenta estas consideraciones:

1.- Nada más disponer de una óptima visibilidad de la calle, debe planificar el trazado más adecuado. Remitimos al lector al Capítulo «Trazados».

2.- Deberá evitar una excesiva longitud en el paso, pues, mientras el tercio se halle ejecutando el último giro, la fila exterior, con un mayor recorrido, puede tener problemas para seguir un paso muy largo, con posibles consecuencias negativas en las alineaciones.

3.- Si no nos queda espacio para «meter» todo el tercio en la calle, y la agrupación precedente permanece parada, contendremos la longitud del paso, en previsión de una próxima arrancada. La inminencia de ésta puede ser detectada, a veces, sirviéndonos de algún escapatrate, en donde podemos ver reflejado el desfile del tercio anterior. Si esto falla, nos reiteramos en que, el quiebro del tercio, no es un problema grave.

4.- Si albergamos dudas acerca de la entrada de la totalidad del tercio en la calle, podremos conocer esta circunstancia mediante el súbito aumento en la percepción de nuestros tambores, consecuencia de su entrada en la calle, que implica que todo el tercio está dentro.

En conclusión, cuando se acepta ser sudarista, se asume la responsabilidad de actuar en un puesto que tiene una muy directa trascendencia en el resultado del desfile.

Es un puesto que no admite fallos, pues éstos se transmiten al tercio, y de ahí que no se deba acceder al sudario sin una seguridad plena, fundamentada en una completa preparación física y técnica.



Borlas

ES un puesto considerado, comúnmente, como fácil y cómodo. Puede parecerlo si nos remontamos a la historia de un penitente que, ocupando dicho puesto, fue apodado «la bella durmiente», por su facilidad para quedarse dormido durante las paradas, anécdota de cuya veracidad podemos dar fe.

Veremos en este capítulo que esta creencia no se ajusta a la realidad.

En primer lugar, las borlas suelen ser ocupadas por sudaristas en formación cuando no por otros ya preparados, que relevan al sudarista titular.

Cuando el puesto sirve como escuela para el sudario, se aprovechará para estudiar los posibles problemas con el sudarista y aprender a solucionarlos.

El borla es siempre un auxiliar del sudarista. Generalmente los estandartes dejan sin visibilidad a su portador durante las paradas debiendo ser los borlas quienes indiquen al sudarista el momento propicio para arrancar teniendo en cuenta las consideraciones que hacemos en el capítulo dedicado al sudarista sobre distancias y acústica.

Esta condición de auxiliar hace necesario el diálogo y la compenetración entre sudarista y borlas, considerando que la suya es una labor de equipo, parte, a su vez, de un equipo mayor, que es el tercio.

Este diálogo debe ser el estrictamente necesario y ceñirse a los aspectos técnicos que surjan o se estimen previsibles. Evitar diálogos innecesarios resulta conveniente en aras de la debida seriedad, y porque dificulta la au-

dición, normalmente deficiente, en el sudario.

La situación posicional de los borlas tomará como referencia el paño del estandarte, con cuyo borde hará coincidir su hombro interior, posición que, adoptada por ambos borlas, dejará al sudario perfectamente centrado entre ambos. Igualmente se cuidará mucho esta posición, de la que se servirán los punteros como referencia válida para fijar el calibre del tercio.

Si, en sentido lateral, es el estandarte la referencia, longitudinalmente la posición se calculará «a ojo», según la distancia que se estime conveniente, pero con un criterio unificado para que ambos borlas vayan debida-



mente alineados. Por norma general, esta posición será un poco retrasada con relación al sudarista, aproximadamente medio metro. Resulta evidente que, retrasarse una mayor distancia, está limitado por la longitud de los cordones de las borlas, y que tampoco resulta aconsejable, porque aumentaría el margen de error en la alineación.

En los giros y variaciones, los borlas tratarán de ejecutar éstos coordinada y sincronizadamente con el sudarista, para no descomponer su alineación con respecto a éste, y para no confundir a los punteros en las referencias necesarias para los trazados.

En cuanto al modo de portar las borlas propiamente dichas, éstas se llevarán con ambas manos, formando una ligera comba. La mano

interior, más próxima al sudario, irá ligeramente más alta que la otra, aproximadamente a la altura del pecho, mientras se desfila. En las paradas, ambas manos bajarán en posición de descanso, colocándose a la altura de la cintura. También en este punto es preciso que los criterios queden claramente unificados para evitar que cada uno de los borlas interprete a su manera la forma más correcta, con lo cual, probablemente, las portarían de manera muy diferente.

Debemos concluir por reiterar que la borla no es un «chollo», ni mucho menos. Es un puesto con sus propias responsabilidades y donde, con frecuencia, los futuros sudaristas se curten en las dificultades que, algún día, deberán afrontar.



Alegorías

Ser portador de alegorías es, en la mayoría de las agrupaciones, sinónimo de «novato» o de «petardo», lo cual ha dado lugar al apelativo popular de «malditos», que, en el argot procesional, designa a quienes ocupan estos puestos.

No creemos muy justificado este menosprecio, pues, siendo una parte más del tercio, no se debe tomar a chanza, y debemos aspirar a un buen nivel general en el desfile, que incluya a todos los penitentes sin excepción.

Lo cierto es que, sea cual sea su emplazamiento en el tercio, que varía según los criterios de cada agrupación, suelen ser las alegorías una especie de banco de pruebas para los debutantes y, en ocasiones, el castigo de los penitentes negligentes o incompetentes, no siendo muy habitual la presencia de veteranos en estos puestos.

A este respecto, recordamos que, a principios de los años setenta, nuestro filial del Sábado Santo sacaba en procesión unas pesadas mazas que el penitente portaba sobre el hombro. En una ocasión, un grupo de veteranos, considerando menos trascendente esta procesión que la del Viernes Santo, se ofrecieron voluntarios para portar las alegorías, y dar así oportunidad a algunos neófitos para enfrentarse con la responsabilidad del hachote. Aquella generosidad era, en realidad, fingida, pues todos confesaron posteriormente que lo hicieron convencidos de que eran unos livianos banderines lo que debían portar. Cual no sería su estupefacción al comprobar que, los livianos banderines, no eran sino brutales mazas, cuya única utilidad aparente era la de destrozar el hombro de su desdichado portador. Finalizada la procesión, indignados y dolidos, tanto en sus hombros como en su amor propio, aquellos escarmentados veteranos hicieron solemnes votos de no abandonar

jamás sus hachotes.

Dejando anécdotas al margen, hemos de decir que los portadores de banderines, insignias, cruces, faroles, etc., no deben ser ajenos a la brillantez del desfile.

Aunque se tome a menudo como un tema secundario, es triste ver un tercio desfilando con corrección y, a su cierre, contemplar el bochornoso espectáculo de unos banderines peleados irreconciliablemente con el tambor o con el más elemental sentido de la alineación.

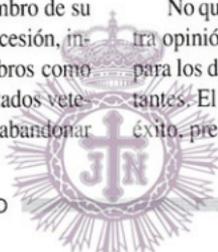
Es más importante de lo que, a veces, creemos, que una agrupación dé una imagen de disciplina en todas las partes del tercio.

Las alineaciones, que deben ser muy cuidadas en todo momento, lo serán de forma especial en las vueltas, por la dificultad que supone, para tres o cuatro penitentes, girar sin descomponer la línea recta. Las instrucciones que damos en el capítulo de las alineaciones se tendrán en consideración en estos casos.

No debemos olvidar que, si estos puestos se aceptan como aprendizaje, se debe aprovechar la lección que supone cada desfile. Poniendo interés, se puede aprender mucho en cualquier puesto.

Tampoco podemos ignorar que, la capacidad y voluntad, se pueden demostrar en cualquier puesto y, que una buena actuación, es el mejor medio para pasar a puestos mejor considerados y más gratificantes, además de que debemos estar bien preparados, pues nunca se sabe cuando puede surgir la oportunidad de sustituir a otro penitente en algún otro puesto.

No quisiéramos concluir sin manifestar nuestra opinión de que el penitente debe capacitarse para los diversos puestos, pues todos son importantes. El tercio es un equipo que, para lograr el éxito, precisa de la voluntad y acierto de todos.





AYUNTAMIENTO DE CARTAGENA
CONCEJALIA DE CULTURA





**JUNTA DE COFRADIAS
DE SEMANA SANTA
CARTAGENA**

